

La guerrilla antifranquista de Granada y Málaga (1948- 1952) **LA HUIDA A FRANCIA DEL GRUPO DE “PABLO”¹**

José María Azuaga Rico

Mil novecientos cincuenta y dos fue el último año en que actuó la Agrupación guerrillera. Además de algunos maquis que quedan escondidos y que irán cayendo, permanecen en la sierra los restos del 7º Batallón, también conocido como el "grupo de `Pablo`", en referencia al nombre de guerra de Manuel Pérez Rubiño.

A principios de año, volvía a dar muestra de su movilidad, al pasar de El Raposo a la provincia de Jaén donde, el 7 de enero, secuestraban a un hombre en el municipio de Belerda y conseguían víveres y 50000 pesetas. En el término de Quesada fueron sorprendidos por la Guardia Civil y tuvieron una baja, el día 23 de febrero. Se trataba de Manuel Calderón Jiménez "Ramiro" (Sánchez Tostado, 1998: 141-146 y Vallejo Laso, 1998: 147-150).

Salieron algunas veces hacia sus anteriores lugares de actuación para intentar unirse con Roberto y con los demás guerrilleros y proponerles el traslado a la provincia de Jaén, ya que consideraban sus sierras como lugar propicio para la actuación del maquis. Aún no habían decidido dejar este tipo de actuación.

Afortunadamente para ellos, no lograron reanudar el contacto. Desconocían lo que había pasado con el resto de la guerrilla y que "Roberto", en manos de la Guardia Civil, también deseaba la conexión, pero no para continuar la lucha sino para entregarlos al enemigo.

En el mes de marzo de 1952 se encontraban al Nordeste de la provincia de Granada, donde, el día 14, secuestraban a Manuel Ballesta Martínez, en el término de Huéscar. Un pastor de su finca les había dicho que tanto él como su padre eran aficionados a la caza y les hizo otras indicaciones que les resultaron de utilidad. Sorprendieron a Manuel Ballesta en un puesto de perdiz y le hicieron que llamara a su padre, quien fue encargado de conseguir el rescate para que lo dejaran libre. Aunque llegaron a pedir medio millón de pesetas, aceptaron las 280000 que les trajo, junto con tabaco. Mientras el padre buscaba el dinero, registraron su cortijo y se llevaron dos escopetas y comida .

Durante las noches del 9 y del 10 de mayo de 1952, se presentan de nuevo en El Raposo y hablan con algunos de sus antiguos colaboradores: las noticias "no debían ser muy buenas cuando desaparecieron urgentemente" del lugar .

¹ Apartado 17.9. de la Tesis Doctotal.

Finaliza la lucha guerrillera del grupo

Según recuerda Enrique Urbano, en junio de 1952 decidieron abandonar la actividad que hasta entonces habían realizado.

El día seis de ese mes, en la mina del Piojo, situada en la granadina sierra de Lújar, sufrieron una emboscada por parte de un grupo de cinco guardias que estaban de apostadero. Perdieron la vida Antonio Fajardo Ruiz "Duarte" y José Cecilia Sánchez "Jerónimo" cuando se dirigían a por agua. En el documento titulado Relación de los servicios más destacados de bandolerismo realizados por la fuerza del Cuerpo, puede leerse: "Comandancia de Granada.- En la sierra de Lújar fueron encontradas huellas recientes que denotaban la presencia de bandoleros, por lo que un grupo de fuerza al mando de un Guardia 1º montaron un servicio de apostadero en el que permanecieron durante tres días y tres noches consecutivas sufriendo las inclemencias del tiempo, hasta que en la madrugada del día 6 sostuvieron encuentro con los bandoleros, logrando dar muerte a los conocidos por "Duarte" y "Jerónimo", huidos en las sierras desde hacía 5 años y siendo autores de numerosos secuestros y asesinatos.

RECOMPENSAS: Fue concedida al Guardia 1º Cruz del M.M. pensionada con 25 pesetas; otra Cruz con igual pensión a otro Guardia y citación a un Cabo y 3 Guardias" .

Al día siguiente, cuando estaban en Sierra Nevada, desertaba el guerrillero Sebastián Olivares Ruiz "Martín", natural de Almuñécar. Sus compañeros se dieron cuenta al hacer el relevo y tuvieron que cambiar de posición pues esperaban que, al presentarse a la Guardia Civil, revelara la ubicación del grupo y sus planes de marcha.

Poco después, en la misma sierra, tuvieron un choque con los guardias, al pretender conseguir víveres en un cortijo que estaba situado al lado opuesto de una rambla bastante ancha, atravesada por un arroyo. Debido al tiroteo y a la oscuridad de la noche, quedaron separados y sin comunicación: dos de los guerrilleros habían cruzado la rambla y los cuatro restantes estaban al otro lado. Estos últimos, al verse sin comida, tuvieron que buscarla en un cortijo, donde cenaron y obtuvieron víveres; pagaron y reanudaron rápidamente la marcha.

Al poco tiempo, surgió una intensa niebla y, pese a que anduvieron durante toda la noche, lo hicieron en círculo, por lo que al amanecer estaban a un kilómetro escaso del lugar donde habían realizado el suministro. Quizás el hecho de haber rastreado minuciosamente el terreno les permitió no tener más tropiezos durante la noche siguiente. A continuación emprendieron la marcha hacia la sierra de Cazorla, donde esperaban encontrarse con los dos compañeros que quedaron descolgados, lo que consiguieron cinco noches después de la separación.

Pero estas montañas no ofrecían garantías suficientes, ya que el guerrillero que desertó las conocía también y podía haber comunicado a la Guardia Civil la posibilidad de que ellos hiciesen escala en esa zona. También pensaron que, si aún no habían sido descubiertos, era porque "Martín" retrasaba su entrega, que estaría preparando por medio de amigos o de familiares para que intercedieran ante la Guardia Civil. Por tanto, en una reunión, decidieron dejar la sierra de Cazorla. Sin ningún tipo de incidentes, atravesaron el término de Huéscar.

Debido a la escasez de recursos con que contaban, decidieron dar un "golpe económico" cuando tuviesen ocasión. Fue en Puebla de Don Fadrique, municipio granadino situado junto al límite de las provincias de Almería, Albacete y Murcia; obtuvieron ciento ochenta mil pesetas. En la acción, colaboraron el casero y los jornaleros de un gran cortijo, que facilitaron amplia información sobre el dueño del mismo, entre ellos sus antecedentes: de simple empleado en Almería se había convertido, gracias a la Guerra Civil, en dueño de una gasolinera, de varias salas de cine y de numerosas casas, además del cortijo.

Este "nuevo rico" era aficionado a la cacería; obtuvieron información del lugar al que acudía para cazar perdices, así que le montaron una trampa cuando salía acompañado de su hijo.

Les recogieron las escopetas y se quedaron con el muchacho, que tenía veinticinco años. Al oscurecer el padre les llevó el dinero y recuperó a su hijo, y los guerrilleros escaparon de una posible celada que les habría tendido la Guardia Civil.

La posible trampa consistía en que al coche en que se acercaba el padre le acompañaba otro en el que pensaron que acudían guardias, ya que se detuvo a unos doscientos metros del primero con las luces encendidas. El padre comunicó a los maquis que había dejado una parte del dinero en el segundo coche. No le hicieron caso y le dijeron que se quedara con el resto. Seguidamente, desaparecieron en la oscuridad.

El objetivo que se habían trazado era llegar a Francia .

Salida de Andalucía

Al amanecer estaban lo suficientemente lejos como para evitar que los capturaran. Se adentraron en la provincia de Albacete, a través de los términos de Corral-Rubio y Bonete; en la lejanía divisaban el temido penal de Chinchilla.

Realizaban marchas reducidas, debido al desconocimiento del terreno, a que había luna nueva y, por tanto, poca iluminación, y a que las noches eran cortas, por ser verano. Decidieron que más valía la seguridad que la precipitación propia de las prisas.

Continuaron por Higuera, Carcelén, Villa de Ves, Casas de Ves y otros pequeños pueblos, que procuraban esquivar. Ya en la provincia de Valencia, cerca de Cofrentes, atravesaron el Júcar sin dificultades, dado su escaso caudal de estío. Las marchas podían ser ahora más largas, al haber luna llena; a veces, caminaron hasta quince kilómetros.

En el archivo de la Dirección General de la Guardia Civil hemos localizado un documento que muestra que los guardias los habían detectado en la provincia de Valencia. En agosto de 1952 un vecino de Millares comunicaba a la fuerza pública que se había tropezado con ellos. Le pidieron de comer y le preguntaron por los guardias que había en la localidad, así como por la dirección de Játiva y los medios que había para dirigirse a Valencia. El denunciante y otros cinco vecinos, que también conocerían el hecho, fueron detenidos, porque tardaron tres días en comunicarlo. Un retraso de este tipo hacía que la Guardia Civil considerara encubridores de los guerrilleros a quienes los veían y no lo notificaban de inmediato. El informe señala que "vestían pantalón de pana y camisa a rayas con chaqueta marrón, calzados con albarcas y tocados con boina negra, de unos 30 a 35 años y de acento andaluz" .

Notaron que las provisiones se les acababan y decidieron buscarlas, pero no entre los campesinos, por el riesgo de que los denunciaran, sino en las tiendas de comestibles de los pueblos. Para ello, guardaron sus uniformes y se pusieron las ropas de paisano que tenían en los macutos. Lo hicieron por vez primera en Buñol, acudiendo dos de ellos con armas cortas escondidas entre la ropa. Compraron en cuatro tiendas diferentes, táctica que empleaba frecuentemente la guerrilla. Al no tener ningún percance, otros dos guerrilleros hicieron lo mismo.

De Buñol, salieron con abundante comida, consistente sobre todo en pan y rancho frío. Esa operación la repitieron unos días más tarde, en la misma provincia de Valencia.

Procuraban evitar la entrada en tabernas o en bares, pues temían verse envueltos en cualquier discusión comprometedor. Otras normas de seguridad que observaban eran marchar casi siempre de noche, cruzar las carreteras y los caminos pero sin ir por ellos, para no tropezar con la Guardia Civil. También guardaban entre unos y otros la distancia de diez o doce metros, con lo que dificultaban una posible emboscada. Trataban de permanecer en

silencio y no fumaban durante la marcha, salvo en los descansos, y camuflando el fuego del cigarrillo.

Atravesaron los términos de Requena y Chiva sin incidentes y, a la vista de la tranquilidad que parecía respirarse, dos de ellos decidieron vestir de paisano y dar un paseo. Se encontraron con un pastor de ovejas y entablaron conversación con él, procurando que no se les notara el acento andaluz para evitar sospechas. El pastor mezclaba valenciano y castellano, pero lo pudieron entender, gracias a que Enrique Urbano había pasado su niñez en Mallorca, donde aprendió mallorquín, dialecto parecido al de Valencia.

Le preguntaron, en primer lugar, sobre las condiciones de trabajo en aquella zona y, de pasada, comentaron que observaban tranquilidad en los alrededores. De esto se habían percatado porque observaban que la Guardia Civil hacía sus servicios por parejas, mientras que en Andalucía iba en grupos más numerosos.

El pastor les contó que el entorno estaba tranquilo desde hacía dos meses, pues fue entonces cuando la Guardia Civil acabó con la vida de cuatro huidos en un tiroteo. Desviaron la conversación de nuevo hacia asuntos de trabajo y se despidieron del pastor, con la precaución de tomar la misma dirección que llevaban, opuesta al lugar en que estaban sus cuatro compañeros. Aquella noche, ya de marcha, les cayó una fuerte tormenta cuando se dirigían hacia Pedralba.

El Turia lo atravesaron cerca de Liria, pero no por el puente, donde el fuego de unos cigarrillos delató la presencia de la Guardia Civil. Como el río iba crecido lo cruzaron con muchas dificultades, agarrándose por las muñecas.

Por Villar del Arzobispo, pasaron de la provincia de Valencia a la de Castellón. Durante aquellas noches no observaron nada anormal y avanzaron bastante, gracias a la iluminación de la luna llena, aunque deseaban llegar cuanto antes a terreno montañoso, que se brindara más al camuflaje. Pero, poco después, en la zona suroccidental de la provincia de Castellón, observaron un mayor movimiento de la Guardia Civil, que no patrullaba en parejas, sino en grupos más numerosos, de hasta diez hombres, lo que les llevó a extremar las medidas de precaución. Pensaron que "Martín" ya se había presentado y que había descubierto sus planes de huida, aunque, en contra de esa hipótesis, se encontraba la distancia que había, que era excesiva como para vincular una cosa con la otra.

Asimismo, cabía la posibilidad de que algún guarda jurado o algún paisano los hubiese denunciado y que la Guardia Civil pensara que se trataba de ellos, lo que explicaría esa concentración de fuerzas.

Por tanto, decidieron imprimir un ritmo mayor a la marcha. Cruzaron los términos de Jérica, Viver y El Toro y se adentraron en la provincia de Teruel con movimientos en zig-zag por los municipios de Cantavieja, Tronchón y Las Cuevas. Se tomaron, luego, una semana de descanso en un lugar agreste, a la espera de una nueva fase de la luna que les diese mayor visibilidad nocturna.

Un día, al atardecer, se detuvieron en Castellote para comprar, vestidos de paisano, y continuaron hacia el municipio de Valderrobres donde hacia las dos de la madrugada se detuvieron para fumarse un cigarrillo. Estaban apoyados en los muros de un caserón derruido cuando, a unos cuarenta metros, vieron moverse unos bultos. Eran guardias que se dirigían al caserón, charlando y sin percatarse de quiénes estaban allí. Los guerrilleros les cedieron el sitio sigilosamente, sin que notaran su presencia. Volvían a aplicar la táctica guerrillera de evitar el enfrentamiento para no correr riesgos mayores .

Represión en El Raposo

Por esas fechas del mes de agosto de 1952, la Guardia Civil investigaba a sus colaboradores de la cortijada de El Raposo, en el municipio granadino de Dólar. Hay constancia de diversos interrogatorios a los campesinos de aquel entorno, dirigidos por el capitán Caballero, que quería conocer el grado de implicación de cada uno de ellos. Pudo saber que Claudio Rodríguez Martínez había sido el enlace más importante y, siempre según la investigación de las autoridades, que llegó a desempeñar el papel de colaborador de la Guardia Civil cuando, en realidad, ayudaba a los guerrilleros. Acabaron por aplicarle la "ley de fugas".

El escrito del comandante Pedro Gómez Gallego, juez instructor de la causa que abrieron al efecto, decía lo siguiente: "Declara el Jefe principal de los enlaces, encargado del Cortijo 'Raposo' CLAUDIO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ (a) Claudio, el cual relata con toda clase de detalles su contacto con los bandoleros de la agrupación de 'El Pablo', así como que traicionó a las Fuerzas ya que estando de acuerdo con éstas, facilitaba todas las noticias a los bandoleros, por lo que al practicarse por estas Fuerzas el servicio con el indicado individuo para que hiciera constar el sitio de más observación era (sic) el de las Lomas de Charches, salió con la Guardia Civil al referido lugar con dirección a la parte alta del Cerro de la Cueva, sin haber dado pruebas de inquietud de ninguna clase y de forma brusca e inesperada dio un salto tomando la vertiente abajo con dirección a un profundo barranco aprovechando lo accidentado del terreno, no obstante llevar los grilletes de seguridad, verificándolo con tal destreza que logró alejarse de las Fuerzas en brevísimo instante, iniciándose su persecución y al no detenerse a la repetidas voces de 'alto' que le dieron y ante la imposibilidad de darle alcance hicieron fuego contra el mismo cayendo a tierra y resultando muerto como consecuencia de los disparos cuando el fugitivo alcanzaba el borde de la Rambla, y que al ofrecerse el detenido a acompañar a las fuerzas e indicar los puntos de paso y estancia de los forajidos lo hacía con la sola intención de darse a la fuga y unirse a ellos, esto se comprueba por la diligencia del folio 24. Ante este Juzgado y al folio 57 v declara el Jefe de las Fuerzas, Capitán de la Guardia Civil Don Rafael Caballero Ocaña el que después de afirmarse en la anterior, agrega que no hubo medio alguno de poder evitar la muerte de este individuo porque se marchó a toda velocidad favorecido por el declive del terreno no deteniéndose a pesar de las repetidas voces de alto que le dieron y como ganara distancia hubo necesidad de hacer fuego ante el temor que tomara el barranco desapareciendo de las vistas de las Fuerzas". El certificado de defunción databa la muerte el día nueve de agosto.

El capitán Caballero en Barcelona, mientras el grupo de "Pablo" atraviesa Aragón

Según un informe interno de la Guardia Civil, el 26 de agosto fue enviado a Barcelona Rafael Caballero Ocaña, capitán jefe de la Brigadilla de Información e Investigación de la 136ª Comandancia y uno de los oficiales más duros del Cuerpo en la lucha contra la Agrupación guerrillera.

Fue enviado a Cataluña porque la Guardia Civil esperaba que los guerrilleros se dirigieran hacia esa zona, donde uno de los miembros del grupo, Manuel Pérez Rubiño, "tiene familiares, incluso la que fue su amante, todos ellos localizados".

Otro informe interno de la Guardia Civil, fechado en el día veintidós de septiembre, daba cuenta de algunas gestiones de Caballero: "No han acusado hasta el día de hoy la presencia de 'Pablo' y los suyos en aquella región.

Estos servicios continúan tras haber conseguido el expresado Capitán con sus incesantes gestiones, extender la vigilancia a otros puntos de la citada capital y pueblos de la provincia, donde residen otros familiares, amigos y paisanos del 'Pablo' últimamente localizados, habiendo conseguido también dicho Oficial en sus servicios, el concurso de otros confidentes

para extender su radio de acción, los cuales tuvieron relación y amistad con el cabecilla antes de irse a la Sierra, creyéndose conveniente la continuación del aludido Capitán en el servicio que está desempeñando, ínterin no se conozca la nueva orientación que pueda adoptar el 'Pablo', caso de que establezca contacto con los nuevos bandoleros que al parecer se infiltraron procedentes de Francia a través de los Pirineos".

Volviendo al itinerario que seguían los guerrilleros, en la provincia de Teruel se dirigieron a Calaceite, extremando las medidas de seguridad. También estuvieron en Alcañiz, donde adquirieron víveres.

La Guardia Civil volvió a tener noticias de ellos por su actuación en Minas de Libros, donde, el tres de septiembre, amenazaron de muerte si avisaba a los guardias a un campesino que se los encontró. El siete de septiembre se presentaron en una casa del término de Puertomingalvo, donde exigieron a sus moradores que les preparasen una comida y se llevaron víveres, entregando doscientas pesetas. También fue denunciada su presencia en la masía "Los Cabanes" (Mas de las Matas, Teruel) el día dieciséis de septiembre donde, a cambio de comida y de algunos útiles de cocina, entregaron otras doscientas pesetas.

El paso del Ebro

Ya en Zaragoza, pasaron por Maella y Caspe, donde descansaron, antes de disponerse a atravesar el río Ebro.

Según nos manifestaba Manuel Prieto López, capitán de la Guardia Civil por esas fechas, era entonces cuando esperaban capturarlos. Creían que no iban a ser capaces de cruzar el río. Un informe de la Guardia Civil también manifiesta esa confianza. Este documento expresa que, basándose en experiencias anteriores, decidieron establecer "un cordón de fuerzas que, situadas sobre puentes y vados del río Ebro, puedan fácilmente lograr el contacto con ellos y lograr su destrucción (...) Este sistema de vigilancia del río Ebro se considera bueno porque se apoya en un antecedente que no deja lugar a dudas. En la primavera y verano de 1949, un grupo de bandoleros enviado a España por la C.N.T. logró llegar a la provincia de Teruel, aunque muy mermado, pues en su internamiento en España habían perdido todos sus hombres excepto tres, que durante un par de meses merodearon por las montañas de Teruel perseguidos muy de cerca por la Guardia Civil que les obligó a apretarse contra el río Ebro. Con muy buen acuerdo fue establecido un servicio de apostaderos sobre dicho río y pocas noches después los tres únicos bandoleros que quedaban fueron muertos al tratar de trasponerlo en su intento de regresar a Francia. Indudablemente existe el riesgo de que estos bandoleros andaluces puedan tropezarse casualmente con los miembros de la agrupación guerrillera de Levante y Aragón y, en este caso es casi seguro que serán captados por ellos para engrosar de esta forma las casi inexistentes filas de la Unidad Guerrillera citada".

El Ebro iba crecido cuando se acercaron, y dos de los guerrilleros no sabían nadar. Descartaron el cruce por los puentes, porque estaban vigilados, así que caminaron por la ribera hasta que hallaron una barca. Como remo, emplearían una madera que encontraron. Decidieron realizar la travesía en dos turnos. En el primero, fueron tres con todos los macutos pero la fuerte corriente impidió culminar con éxito la empresa. Lo intentaron de nuevo, pero volvieron a fracasar. El amanecer estaba apuntando, así que se ocultaron pero, poco después, decidieron actuar de nuevo, aunque fuese de día.

Uno de ellos, con las ropas totalmente empapadas, localizó a un campesino y le obligó a que le entregara las suyas. Esta persona les informó también que, más abajo, se estaba construyendo una casa y que los albañiles contaban con un barquero para atravesar el río con los materiales.

El barquero se negó a colaborar en un principio; alegaba que para la travesía era necesario un permiso de la Guardia Civil y que él no deseaba tener problemas. Lo amenazaron con las pistolas y acabó cediendo y transportándolos a todos. Para retrasar los efectos de la posible denuncia del barquero, volcaron la barca y dejaron que se la llevara la corriente.

Bajo la luz solar siguieron caminando en zig-zag y en diagonal con respecto a la dirección del río, que quedaba cada vez más atrás. Sólo se detuvieron para descansar durante unas horas, al atardecer.

Además de esta descripción, brindada por Enrique Urbano, hay otras. Una de ellas, más breve, procede de otro de los guerrilleros, Miguel Salado Cecilia. En Francia entró en contacto con la organización del Partido Comunista de España e hizo una serie de manifestaciones que se encuentran en el archivo del PCE.

Lo que cuenta Miguel Salado es similar a los recuerdos de Enrique Urbano, con algunas variantes: "Llegaron al Ebro atravesando grandes montañas. Lo pasaron por la gran curva (...), en una barca. Dos pudieron y cuatro quedaron en la orilla. Decidieron pasar por el monte y fueron descubiertos por un perro lobo. Tuvieron que esperar un día más. Se presentaron a un hombre como contrabandistas, y un barquero los pasó a las 8 de la mañana.

Cree que el barquero avisó a la Guardia Civil. Al día siguiente hubo una gran movilización, pero pudieron esquivarla".

Otros datos los hemos obtenido en el archivo de la Dirección General de la Guardia Civil, en Madrid. Se trata de una "Nota informativa" que envía la Guardia Civil zaragozana a los mandos del Cuerpo en Madrid. Pese a su extensión, creemos que merece la pena reproducirla: "Se participa que los datos que ha podido aportar el jornalero que pasó a los foragidos en la barca son los siguientes: Calzados con botas parecidas a las que usan los soldados, sin prenda de cabeza, dos con pantalón de pana, el tercero no se sabe y el cuarto llevaba la ropa colgada a la espalda, iba en calzoncillos y llevaba camisa blanca bastante sucia. Sólo hablaba uno que tenía acento andaluz y la barba como de ocho días, rubia. Uno llevaba escopeta, otro carabina y dos con pistola, estos últimos portaban bombas de mano en número que no pudo precisar. Una vez en la otra orilla, el que iba en calzoncillos preguntó a otro que si le daban algo al que los pasó ya que se trataba de un obrero padre de tres hijos, pues previamente se lo habían preguntado, contestando entonces que le dieran cien pesetas, viendo como éstas eran sacadas por uno de ellos de un bolsillo de la americana y dentro de una cartera que al abrirla pudo ver un montón de billetes como de treinta o cuarenta de cien pesetas (sic), dándoles uno de éstos. Estas frases fueron pronunciadas con acento del país, o sea aragonés. A continuación se marcharon todos en forma desplegada y dirección Norte, como si quisieran dar la sensación de unos cazadores. Al atravesar el río en la barca, el que llevaba la escopeta la volvió boca abajo apoyando el cañón encima del pie del obrero, y al decirle éste que a ver si se iba a disparar, contestó el que la portaba que no tuviera cuidado, pues sólo lo hacía para que no brillaran los cañones. El dueño de la barca y finca se llama D. Pedro Piera Caballé y el obrero José Sancho Calés, de 44 años de edad, casado, natural y vecino de Caspe, siendo persona de buenos antecedentes. El billete que le fue entregado es de la serie F. número 7550828 de la emisión 2 de enero de 1940. El referido obrero en los primeros momentos estaba muy excitado y no recuerda alguno de estos detalles. Lo que se participa para conocimiento".

Finalizada la travesía caminaron sin parar durante aquella noche y las siguientes por los términos de Fayón y de Mequenza, para pasar, sin dificultades, el río Segre. Luego descansaron durante dos días. Estar cerca de Francia les levantó la moral.

El dilema que se les presentaba ahora estaba en decidir si se aproximaban a la frontera para pasarla por el Valle de Arán, o si lo hacían por la provincia de Huesca. Finalmente acordaron

que fuesen las circunstancias las que determinasen la dirección a seguir, pensando que así sus perseguidores no podrían prever un itinerario que ellos mismos desconocían.

Abandonaron la provincia de Zaragoza para adentrarse en la de Lérida y, dos de ellos, entraron en la misma capital para comprar suministro en varias tiendas. Fue la única ocasión en que compraron bebida, en concreto una botella de coñac.

Continuaron por los municipios de Albesa y Balaguer y volvieron a descansar de día. Descartaron aproximarse al Valle de Arán o a Andorra, y optaron por pasar los Pirineos a través de las cumbres más altas que divisaban, pues creían que la vigilancia iba a ser menor en ellas, por presentar más dificultades.

La experiencia les mostraría que sólo contaban con parte de razón pues, si bien esas cumbres estaban desguarnecidas y sin vigilancia, en su acceso era casi inevitable tropezar con algún fortín de piedra, cuyas aspilleras estaban camufladas mediante matojos secos. También había grandes sabinas, y sus ramas ocultaban piedras amontonadas que parecían nidos de fortificación.

Atravesaron un río, posible afluente del Segre, y se adentraron en la provincia de Huesca por Estopiñán y Estadilla. Dos guerrilleros entraron en Barbastro, donde uno de ellos se puso muy nervioso al observar que había muchos soldados, ya que se trataba de una plaza militar.

Para tranquilizarlo, su compañero lo invitó a tomar algo en una taberna pero, cuando ya estaban sentados, el primero palideció: había visto a un Guardia Civil que se asomaba a la puerta, y se marchaba de repente. Pero la situación era normal en la calle. Probablemente, el guardia estaba fuera de servicio, y sólo buscaba a algún compañero o amigo entre los clientes. Uno de los maquis fue a una confitería donde compró pasteles y algunas botellas de coñac. Para que el dueño no sospechara comentó que era para un bautizo en el que él era el padrino y tío del niño. Seguidamente, abandonaron el pueblo. Aunque la idea de comprar licores no era preconcebida, luego mostraría su utilidad cuando tuvieron que caminar sobre la nieve. Ya en Francia les dirían que otros compañeros habían llegado con los miembros inferiores congelados.

Reemprendieron la marcha por los términos de Naval, Alquézar, Boltaña y Bielsa. Caminaban por la mitad de las laderas para esquivar cualquier sorpresa procedente de los nidos fortificados. Si se encontraban con niebla marchaban de día y, cuando se disipaba, permanecían pegados al terreno sin moverse.

Fue entonces cuando observaron a un pastor con su rebaño de ovejas, cerca de una gran cueva habilitada como corral y de otra más pequeña. Al oscurecer vieron que el pastor se dirigía hacia ellas, y que, en una, encerraba el ganado. En la otra, encendió fuego para prepararse la cena.

Cenaron con él y, durante la conversación, el pastor les contó cómo podían alcanzar la frontera, pero los guerrilleros le explicaron que el mejor práctico del terreno sería él mismo. Aunque no quería dejar allí el ganado, acabó por ceder. Le advirtieron que, si los conducía a una trampa, perdería la vida. Según el pastor, estaban en el Monte Perdido.

Caminaron sobre la nieve durante unas horas, hasta el amanecer, iluminados por la luna y envueltos en una intensa niebla, siempre subiendo y bajando montes. Cuando la niebla desapareció, uno de ellos, que observó que el sol del amanecer lo tenían a la izquierda, le preguntó al pastor si iban bien y, al responder éste de manera afirmativa, le dieron una bofetada, pues pensaron que los conducía hacia el Sur, lejos de la frontera. Tras beber un trago de coñac, rehicieron lo andado.

Alrededor de las once de la mañana, se dispusieron a caminar por un sendero de unos cuarenta centímetros de ancho que bordeaba la pared de un profundo abismo. Todo ello a lo largo de treinta metros, con el suelo cubierto de nieve dura. Pegado a la pared había un cable, que servía para agarrarse y que facilitaba el paso de espaldas al precipicio.

La llegada a Francia

Finalmente salieron de la nieve y vieron un chalet que parecía deshabitado. A su alrededor encontraron papeles que habían servido de envoltorios, y forros de paquetes de cigarrillos, todo ello con palabras en francés. Este detalle les indicó que habían abandonado España, por lo que creyeron al guía, que manifestaba lo mismo. Le dijeron que se marchara y cada uno le entregó mil pesetas.

La llegada a Francia se había producido por Gavarnie, en el departamento de Hautes-Pyrénées, al Norte de la provincia española de Huesca.

Era el catorce de octubre de mil novecientos cincuenta y dos, y el Capitán Caballero seguía buscándolos en Barcelona. Allí estuvo hasta el día veintiocho de noviembre en que, siguiendo órdenes superiores, volvió a Andalucía.

Los guerrilleros habían utilizado como única cartografía los mapas de España de un libro escolar de grado medio. Calcularon las distancias en el mismo con un simple palito y se sirvieron, además, de la orientación que les ofrecía la Estrella Polar.

Enrique Urbano recuerda que obtuvieron estatuto de refugiados y que la misma policía francesa les buscó trabajo. Fueron ayudados por Solidaridad Democrática Española, grupo de asistencia a los que huían de la persecución política y alcanzaban el país vecino. Esta organización estaba vinculada al Partido Socialista Obrero Español y a la Unión General de Trabajadores y fue el dirigente Miguel Armentia quien estuvo en contacto con ellos.

El Gobierno español pidió la extradición del grupo, sin obtenerla, y la única condición que les pusieron las autoridades francesas fue que no residieran en el mismo departamento más de dos de ellos aunque, poco después, se unieron de nuevo. Enrique Urbano cree que la policía francesa los tenía conceptuados como gente peligrosa.

El régimen de Franco, al igual que hizo con otros maquis que lograron escapar al exilio, procuró controlarlos: las cartas que enviaban a sus familiares o amigos de España eran interceptadas por la Guardia Civil y se procuraba detectar el lugar de Francia en que residían. Sabemos, por las copias guardadas en el Archivo de la Dirección General de la Guardia Civil, que esto ocurrió, al menos, hasta bien entrada la década de los cincuenta.

En esas cartas manifestaban, entre otros particulares, la satisfacción de encontrarse a salvo y en un país libre. En una de ellas Enrique Urbano hacía una velada referencia, con su característico sentido del humor, a la situación de tranquilidad en que vivía. La enviaba desde la ciudad de Tarbes, al Norte de Gavarnie: "TARBES a 23 de Octubre de 1952.- Queridos primos: Me alegraré que al recibir estas letras os encontréis gozando de salud buena en unión de la demás familia. Yo a la presente me encuentro bien y completamente restablecido, pues me han afirmado los doctores que no debo tener cuidado siempre que procure no tener recaída, pues estoy fuera de peligro. Ya era hora pues 6 años de enfermedad no es ninguna bicoca. De momento no os mando mis señas pues estoy esperando un traslado más al interior que dicen es clima más benigno. Ya cuando llegue escribiré mi dirección desde el departamento que resida y os mandaré mi dirección definitiva. Estoy muy atareado en estos tiempos aprendiendo francés. Ya digo mademoisselle (sic), monsieur, madanmersi (sic),

chambrebrona (sic), núit (sic), etc. Sin más por hoy, recuerdos a la familia y vosotros recibid el afecto de éste que no os olvida. Enrique".

Otra carta, escrita en este caso por Manuel Pérez Rubiño, mencionaba algunos aspectos, enormemente significativos, de la situación que encontró en Francia. Estaba fechada en trece de febrero de mil novecientos cincuenta y tres: "Te contaré algo de mi vida en estas tierras de libertad, ya que tengo la documentación necesaria para estar completamente tranquilo sobre una posible extradición del guripa; así que me encuentro viviendo en completa calma y seguridad; estoy trabajando en la albañilería y gano 32.000 francos al mes, que son unas 4.000 pesetas, y la comida y el alojamiento me cuestan unos 15.000 f., así que me quedan para ropa y gastos particulares 17.000 f.. Tengo la seguridad de que si me vierais vestido de gala no me conocíais o que vierais a los trabajadores franceses vestir y así podríais haceros una idea de cómo se pasa la vida aquí. Paco, lamento el decirte que Francia vive 50 años más adelantada que España (...) La libertad de la mujer es completa".

Manuel Pérez Rubiño "Pablo", que había dirigido el grupo, murió en Francia en 1955. Sobre las circunstancias de su fallecimiento hay opiniones contrapuestas. Unos piensan que fue un accidente de tráfico, como decía Enrique Urbano y algún antiguo guardia que hemos entrevistado. La otra versión señala que el accidente fue provocado y que unos franquistas de Motril, su ciudad natal, marcharon a Francia para matarlo. Su propia familia es de esta opinión.

En Francia se afincaron Miguel Salado Cecilia "Gómez", Francisco Martín Alonso "Villena", Ricardo Martín Castillo "Viñas" y José Navas Navas "José".

Los dos primeros viajan a España con frecuencia. Por su parte, Enrique Urbano vivió también en Francia hasta que, con el retorno de las libertades en 1977, regresó a su tierra. Falleció en 2001. También fallecieron José Navas Navas y Ricardo Martín Castillo.

En la evasión tuvieron fortuna y, sin lugar a dudas, la experiencia acumulada durante su actuación en la sierra les había sido muy útil. Tardaron alrededor de cien días en atravesar España .